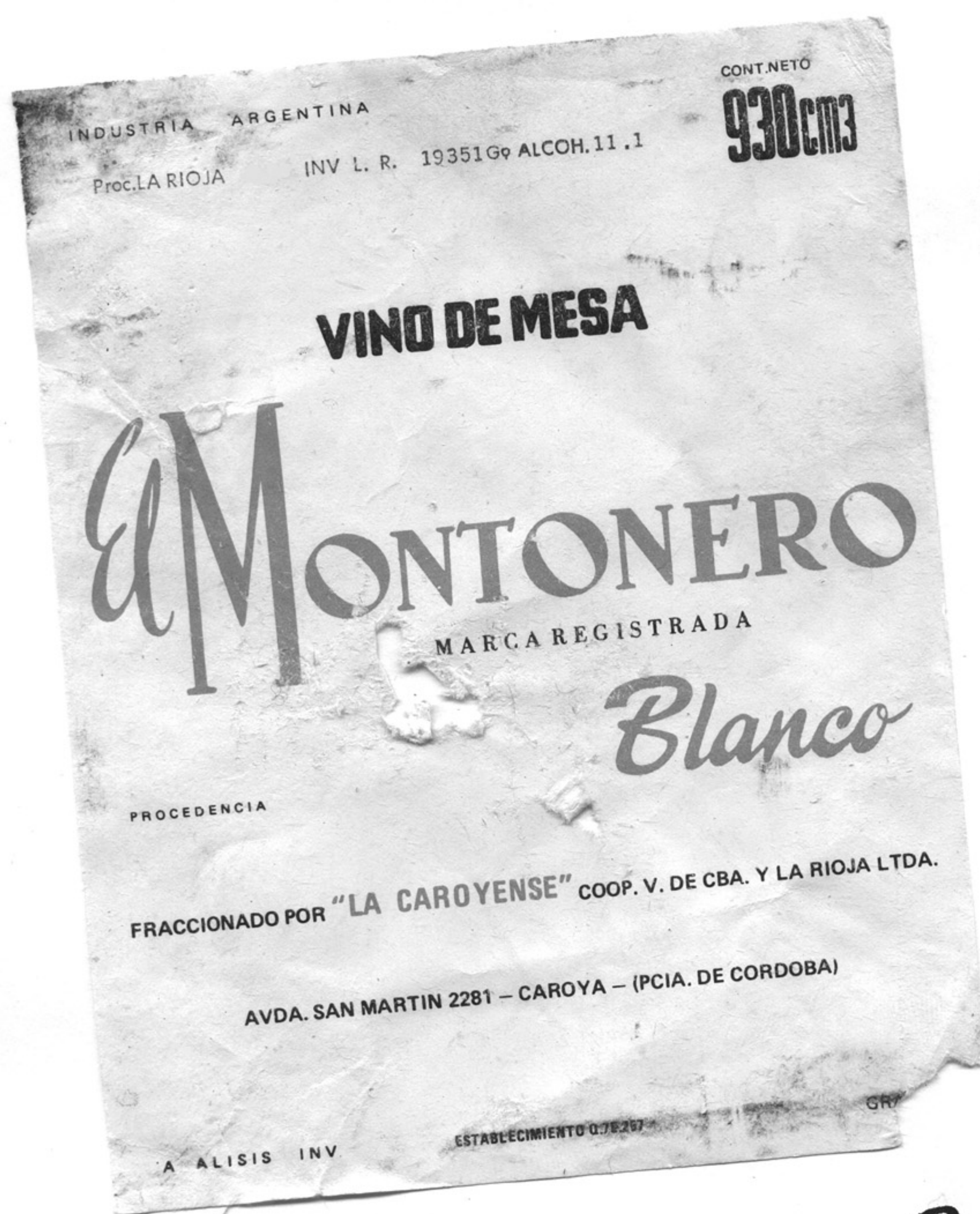
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

39 El ajedrez madrileño de Perón





Suplemento especial de
Página|12

LA HUELGA TRANSFORMA EL NÚMERO EN FUERZA

La huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre queda en nuestra historia como uno de sus momentos más genuinos. En verdad, podríamos llamar a ese episodio “La Comuna de Mataderos”. Fue derrotado. Sí, la Comuna también. El capitalismo ha derrotado todos los esfuerzos que hizo la clase obrera para arrancarle mejoras o para obtener poder. Si así no fuera, el mundo actual no sería ese canto macabro a la injusticia, al avasallamiento, a la planificación del hambre, al odio al inmigrante que hoy es. Si así no fuera, sería impensable que la Sociedad Rural fuera saludada como una clase progresista en este país arrasado por el neoliberalismo en los ’90, lleno de excluidos, de hambrientos, de sindicatos burocráticos y con marcadas tendencias mafiosas. La etapa 1956-1959 es la etapa gloriosa de la Resistencia Peronista donde no sólo sucedían cosas como la Comuna de Mataderos, sino también otras. Lo del Lisandro de la Torre fue incluido en estas páginas como herramienta conceptual: queríamos mostrar una huelga obrera en la cual no había participado ninguna guerrilla. Ante todo, porque no había guerrillas. No había teoría del foco. Lo que había era la certeza de que la herramienta de lucha de la clase obrera era su masividad. Esa masividad era su múmero. Bien, *la huelga es lo que transforma el número en fuerza*. (Parafraseo aquí una gran frase de Cooke.) El arma de los obreros es que son muchos. Al serlo, su número es alto. Pero aunque el número sea infinito, si no se organiza jamás se transformará en fuerza. En cuanto al tema de la violencia, la huelga es una clase de violencia. Impide la producción. Frena la dinámica del sistema capitalista. Pero los obreros de la Comuna de París empuñaron las armas. Yo (creo que esto lo he dicho) estoy contra la violencia. Pero tampoco puedo ser boludo. Si se vienen dos mil soldados artillados hasta los dientes y con la orden (emitida por el gobierno) de aniquilar a los obreros, éstos tienen la obligación de sobrevivir, de proteger a sus familias, a sus mujeres, a sus hijos. ¿O a qué mandó Frondizi 2000 soldados? ¿A preguntarles a los obreros si necesitaban comida, ropa, a anunciarles que los patrones habían cedido a sus reclamos? No, los enviaron para que los hicieran, sin más, mierda. A esta agresión hay que responder. Pero una cosa son las armas en manos de la clase obrera agredida por el régimen. Una cosa es que los obreros (que eligieron, ante todo, la metodología desarmada de la huelga masiva) respondan violentamente a la violencia represora del régimen y otra es que una orga mate a un policía o a un empresario. O que cien tipos se vayan al monte, lo declaren primer territorio libre de la patria, y preparen acciones desde allí. Por el momento no hagamos valoraciones. Es muy difícil hacerlas cuando uno también sabe que esos cien tipos (equivocados) fueron asesinados al margen de todo juicio, de toda ética, de todo comportamiento mínimamente humano, como bestias, torturados, animalizados por un poder tan brutal y arbitrario como jamás hubo en este país y en muchos otros. Se trata de señalar cuál es la conducta genuinamente obrera, lo que nos permitirá también analizar *qué esperaba el pueblo peronista del regreso de Perón por el que había sido el primero en luchar.* Porque la Comuna de Mataderos puede ser llamada así porque participó en ella el pueblo. Las mujeres cocinaron alimentos, entregaron ropa, fueron una retaguardia inestimable. Y sabían en qué lucha estaban sus hombres. Y muchas también se mezclaron con ellos. ¿Qué gobierno pedían? ¿Qué otro podían pedir? El de Perón. Querían que volviera Perón. Con ese gobierno se habían sentido amparados. No creo (estoy seguro que no) que pensaran instalar soviets en la Argentina. El peronismo les había dado una *conciencia antipatronal*. Esto lo comprobaban una y otra vez. Para ellos era muy simple: lo *otro* eran los patrones. Ellos eran los que se quedaban con la gran tajada de la torta. Los que no les aumentaban los salarios. Los que les quitaban (junto con los gobiernos que los servían) sus derechos sindicales. Contra ellos era la huelga. Hace poco –en estos tristes días– el lumpen-dirigente piquetero Raúl Castells le pidió al héroe de las recientes jornadas Don Luciano Miguens: “Don Luciano, ¿no me daría unas vaquitas para los pobres de mi provincia?” “Pero, cómo no”, dijo el generoso terrateniente. Creo que ese –como símbolo– es el momento de mayor bajeza de lo que haya quedado hoy –si es que algo quedó– de la clase obrera. Los pobres andan por ahí, mendigando. Y los otros son presa de los sindicatos. En la Comuna de Mataderos no habrían podido creer este diálogo. Un obrero no le pide nada a un patrón. Un obrero nunca pide solo. Se reúne con sus compañeros y deciden qué hacer. Un obrero forma parte de un sindicato y el sindicato tiene que expresar las luchas obreras. Viene de lejos la consigna: “Con los delegados a la cabeza o con la cabeza de los delegados”. El sindicalismo de la Resistencia surgía de la misma desdicha que la clase a la que representaba: el gobierno de la “Revolución Fusiladora” como empezaron a llamarlo después de los fusilamientos de 1956.

LA RESISTENCIA: UN TESTIMONIO DE OCTAVIO GETINO

“Los casi tres años que duró el gobierno dictatorial –escribe Germán Ferrari–, manchado de fusilamientos, persecuciones y resquebrajamiento de la economía, mostraron al sindicalismo peronista con antiguos dirigentes encarcelados y exiliados, otros alejados de la actividad pública y con participación activa en la ‘resistencia’, y una nueva camada que comenzaba a hacer sus primeras experiencias en las luchas gremiales” (Germán Ferrari, *Sindicalismo y “Libertadora”*, revista *Nómada*, N 6, p. 9). Quien también hacía estas primeras experiencias era un muy joven Octavio Getino, el codirector de *La hora de los hornos*. Su testimonio tiene un valor documental, pero también es muy emotivo. Habla del fervor de otras épocas. Cuando había obreros, fábricas, dirigentes honestos, un horizonte por el que valía la pena pelear, traiciones que aún no habían sucedido, menos muertos, menos masacres, ni un genocidio. Había cosas que encolerizaban y unían a los obreros: pocos días después de la llegada de Aramburu al poder, la Marina (¡ah, la Marina en nuestro país!, sus aviones bombarderon Buenos Aires el 16 de junio, su gran jerarca Massera, con el apoyo de todos, hizo la ESMA, iniciaron la metodología procesista con los sanguinarios hechos de Trelew y, antes, lo que a continuación narramos:) secuestró el cadáver de Eva Perón y lo hizo desaparecer. (Ya usaba esa técnica: hasta con cadáveres embalsamados.) Se lo llevó de la CGT intervenida por un tipo célebre entonces que se llamaba Alberto Patrón, cómico apellido para alguien que interviene una central obrera. Igual que Robustiano Patrón Costas, al que habían elegido presidente en la Cámara Argentino-Británica antes de que el GOU diera el golpe del ’43. Pero Alberto Patrón se dio cuenta y se agregó Laplacette. ¿No tenía algo mejor? Porque “Laplacette” suena jodido también para los obreros. “Laplacette”: “el palacete”. El “palacete” del “patrón” O sea, ahora la CGT, intervenida, era “el palacete de Alberto Patrón”, o de Alberto Patrón Palacete. Como sea, la Marina se lleva el cadáver de Evita. ¿Tanto miedo le tenía a una muerta? Sí, porque los obreros la amaban y habría un lugar de encuentro y de lucha en cualquiera en que la hubiesen enterrado. Pero que hayan desaparecido a Eva siguió siendo un factor de unión, un motivo de lucha, de bronca, de conquistas. Volvamos al testimonio de Getino. Vivamos el clima de lucha genuina, de fervor, que transmite: “Recuerdo, por ejemplo, las asambleas y congresos de delegados que tuvieron lugar en los gremios más combativos y politizados de esa época –metalúrgicos, textiles y carne– donde junto con tratar la defensa de la industria y el patrimonio nacional (la “nacionalidad”) crecía el debate sobre los caminos a desarrollar para “subvertir” la política de la dictadura y de sus cómplices clasemedieros, libertadores y “democratistas” (radicales, socialistas, demócrata cristianos, etc.) e imponer una salida nacional y popular (la palabra “democracia” no resultaba popular ni confiable ya que quienes la invocaban aparecían como cómplices de la proscripción política, los fusilamientos, las represiones, el Conintes, es decir, la más explícita y salvaje antidemocracia).

“Los congresos de delegados que se sucedían periódicamente, en las sedes de la Unión Obrera Metalúrgica en ese período –al igual que en muchos otros sindicatos y agrupamientos (las 62, los 19, etc.)– eran verdaderas asambleas políticas donde se debatía la conveniencia o no de la ‘huelga general revolucionaria’ y en los que los distintos sectores (peronistas, comunistas, trotskistas, etc.) estrechaban filas, cada uno en su sector claramente definido, para mocionar a favor de una u otra alternativa, con debates tan lúcidos, pasionales y democráticos, como, al menos yo, nunca volví a encontrarlos en el movimiento sindical ni en los partidos políticos.

“Hubo en esa época, marcada por algunas inéditas ocupaciones fabriles, como la de la textil Bernalesa (con control obrero de la producción) y la de CARMA-SIAM de Monte Chingolo –ver *La hora de los hornos*, parte II– que no sólo sirvieron de valioso antecedente a Sebastián Borro y a los compañeros del Frigorífico Municipal, sino que se inscribían además en un proyecto de ‘emancipación de la Patria’, dentro del cual se había programado una sucesión de huelgas escalonadas por tiempo indeterminado que culminarían –tema del cual J. W. Cooke no estaba ausente– en una huelga general de ese mismo carácter. Primero, los metalúrgicos, luego los textiles y tras ellos la carne, en acciones superpuestas, serían el factor desencadenante de lo que se proyectaba como movimiento nacional dirigido a subvertir efectivamente el poder de la dictadura militar y de sus cómplices en el campo político seudodemocrático.

“Así lo vivíamos en encuentros de cientos de delegados, por ejemplo de la seccional Avellaneda de la UOM –yo integraba la comisión interna, rama empleados de SIAM Monte Chingolo–, cuando estábamos convencidos en apasionadas sesiones que transcurrían desde las 7 u 8 de la tarde hasta pasadas las 5 de la mañana del día siguiente (había que marcar tarjeta antes de las 6) de que dicho proyecto era absolutamente necesario y, por encima de todo, viable. Y no sólo para los trabajadores, sino para la emancipación de todos los argentinos, o lo que es igual ‘de la Patria’”. (Octavio Getino, mail dirigido al autor. El mail no fue retocado por mí. No hizo falta para nada. Así lo escribió, de un tirón, Getino. Como vemos, circula la buena prosa en los mails. Y no todo es basura, insultos, obras maestras del racismo, agravios asqueantes como en esos foros que se abren para que el anonimato cloacal dé rienda suelta a sus diversas patologías. Gracias, Octavio.)



Quiero detenerme brevemente en esto: “Apasionadas sesiones (escribe Getino) que transcurrían desde las 7 u 8 de la tarde hasta pasadas las 5 de la mañana del día siguiente (había que marcar tarjeta antes de las 6)”. ¿Cómo no iban a ser “apasionadas” esas sesiones? No dormían con tal de discutir, de planear, de organizar las acciones de resistencia o de planear una huelga. ¿No es hermoso estar desde las 7 u 8 de la tarde hasta más allá de las cinco de la mañana (porque a la seis tenían que fichar) discutiendo con compañeros de clase? Eso fue también, legítimamente, el peronismo. Esa pasión de la resistencia. Esas luchas contra la patronal. Esa furia por el robo del cadáver de Evita. Por las medidas antiobreras de Alberto Patrón Palacete. Por los compañeros en cana. Por la proscripción del Partido. Por la de Perón. Por la imposibilidad

de decir "Evita" o "Perón" en voz alta. Lo decías y te metían en cana. Todo ese ardor, esas ganas de luchar, esa certeza de oro: nuestra lucha es para todos, para la emancipación de todos los argentinos, para la emancipación de la Patria. Hoy decís "patria" y sacás patente de boludo o peor: de facho, de nacionalista, de populista. Hoy es la oligarquía la que dice "Patria" y todos aplauden. Obreros hay pocos, los tienen cautivos los sindicatos. Y a los otros –los marginados, los excluidos, los de las villas, los arrojados al camino sin retorno de la delincuencia o de la droga– mejor no les digas "Patria" porque te escupen, y con razón. Pero hay que seguir. Y una forma de hacerlo es recordar a estos obreros de otros tiempos. Porque no todo está terminado. Y acaso unos nuevos tiempos puedan reclamar nuevos protagonistas y vuelvan a aparecer las sombras de ayer en los luchadores de hoy. Difícil, pero quién sabe. Ni siquiera esta historia –que parece inmodificable en su camino al apocalipsis– está decidida para siempre.

EL TIEMPO Y LA SANGRE

Sobre la "resistencia", en *¿Quién mató a Rosendo?*, escribirá Rodolfo Walsh: "Nace entonces una etapa oscura y heroica, que aún no tiene su cronista: la Resistencia. Su punto de partida es la fábrica, su ámbito el país entero, sus armas la huelga y el sabotaje. Las 150.000 jornadas perdidas en la Capital en 1955, suben al año siguiente a 5.200.000. La huelga metalúrgica del '56 es una de las expresiones más duras de esta lucha. Empieza la era del 'caño', de los millares de artefactos explosivos de fabricación rústica y peligroso manejo, que inquietaron el sueño de los militares y los empresarios. Domingo Blajaquis era uno de los hombres que vivieron para eso, y como él hubo muchos, convencidos de que a la violencia del opresor había que oponer la violencia de los oprimidos: al terror de arriba, el terror de abajo. Era una lucha condenada por falta de organización y de conducción revolucionaria, pero alteró el curso de las cosas, derrotó las ilusiones del ala más dura de la revolución libertadora y facilitó el triunfo de su ala conciliadora y frondicista" (Rodolfo Walsh, *¿Quién mató a Rosendo?*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, p. 138). El texto de Walsh es muy rico: admitir que la condena de la Resistencia fue su falta de conducción es reclamar una "conducción" para las luchas obreras. La Resistencia no habría tenido ni organización ni conducción. No es *exactamente* así. En sus luchas zonales la Resistencia tuvo conducciones. Sin duda, no tuvo una Conducción Nacional. Pero en la huelga que hemos analizado, la del Lisandro de la Torre, el 7 de diciembre de 1958 los obreros eligieron una comisión directiva sindical nueva. ¿Qué mérito insoslayable tiene? Surge del corazón de la clase obrera. Surge del corazón de la lucha. Era, esa conducción, peronista en su casi totalidad y estaba encabezada por el hoy mítico dirigente Sebastián Borro, que se había forjado en los años de la Resistencia. Se sumaron a Borro delegados comunistas. Y Héctor Saavedra, un cuadro valiosísimo que acababa de regresar al país luego de su exilio por participar en los comandos peronistas. Lo que no hubo, en la Resistencia, fue una conducción centralizada en Perón ni en eso que los Montoneros, posiblemente de acuerdo con Walsh, llamaban una "conducción revolucionaria": un grupo que asume, en exterioridad, la dirección de la lucha porque tiene el diagrama de la estrategia de esa lucha. Cuando Perón vuelve al país, la consigna que larga, entre muchas otras, Montoneros es: "Conducción/ Conducción/ Montoneros y Perón". Aparte de la arrogancia y del franco enfrentamiento con todos los otros sectores del Movimiento que la consigna implicaba, queda claro que un grupo como Montoneros se creía legitimado para ejercer una conducción sobre las masas peronistas con el mismo derecho que Perón. "Nosotros pusimos los muertos, nosotros queremos compartir la conducción." No importa hasta qué punto es verdadera la afirmación "nosotros pusimos los muertos", lo que revela la frase de los Montoneros es que le negociaban a Perón un trueque de *sangre por poder*. Quienes más sangre pusimos más poder nos merecemos. Para desilusión de este esquema, Perón, no bien regresa, establece uno de sus apotegmas más inspirados: *La pri-*



macía del tiempo sobre la sangre. "La lucha (dirá en agosto de 1973, ante los gobernadores de provincias) ha finalizado por lo menos en su aspecto fundamental. Esa lucha enconada, difícil, violenta en algunas circunstancias, ya ha terminado; y comienza una lucha más bien mancomunada, de todas las fuerzas políticas en defensa de los intereses y objetivos nacionales" (2/8/73). Esto hace una conducción, que se la acate o no es otra cosa. Pero supongamos que Perón les dice: "Estoy de acuerdo: ustedes pusieron la sangre. Pero esa etapa terminó. Y con ella terminaron ustedes. Lo digo en este sentido: no pueden ocupar la vanguardia de la nueva etapa. ¿Y si se me han acostumbrado demasiado a la sangre? Tengo que dejarlos reposar. Ahora viene la etapa de la primacía del tiempo. La *sangre* ha sido para conquistar el gobierno. El *tiempo* lo necesitamos para gobernar. Ustedes, que fueron la vanguardia de aquella etapa, no pueden ser la vanguardia de ésta". Que nadie lo dude: Perón les dijo esto a los Montoneros. Ellos insistieron en su esquema: riesgo = poder. Riesgo = Conducción. Perón buscaba otros tiempos. Otros tiempos reclamaban otros hombres. (Admitamos que la mayoría que puso Perón fueron abiertamente repulsivos. ¡La derecha para que barriera a la izquierda!)

TEORÍA DE LA VANGUARDIA

Pero el esquema de la Conducción que manejan los Montoneros es el del grupo de iluministas que conoce la teoría de la revolución y sus caminos y debe, por consiguiente, "bajarla" a los trabajadores. Desde este punto de vista, la clase obrera jamás podría tener una conducción obrera. Los obreros no son ilustrados, no conocen las teorías de la revolución y no pueden trazar las grandes líneas estratégicas. La teoría de la vanguardia que introduce *desde afuera* la teoría revolucionaria en las masas es de cuño leninista. Está en el *¿Qué hacer?* Si bien es cierto que Lenin la diseñó para las particulares encrucijadas con que se encontró la revolución soviética, no es menos cierto que raramente se abjuró de ella. Tiene un gran atractivo: la clase obrera es reformista *per se*. Es parte del sistema de producción capitalista. Siempre, por fin, termina por generar una conciencia trade-unionista. Una conciencia sindical. Hasta –por qué no– podríamos decir una conciencia peronista. El peronismo es un movimiento que desde su base sindical forma parte del sistema capitalista, con el que negociará permanentemente los intereses de los trabajadores. Lenin busca otra cosa. Se propone eliminar el sistema capitalista. Pero la conducción no la pueden tener los obreros. El destino de la clase obrera en cuanto logra mejoras es integrarse al sistema capitalista. *No tiene una ideología de cambio, una ideología revolucionaria*. ¿De dónde habría de venirle? Pues del Partido Revolucionario de Vanguardia, el cual estaría formado por un grupo de elite que conocerá las leyes de la historia, la ideología revolucionaria del proletariado, y la hará penetrar en las masas. Pero la conducción queda en manos de la elite ilustrada. *En esta etapa del pensamiento marxista leninista (fortalecido por el castrismo) se afirmaron los Montoneros*. Ellos serían el Partido de Vanguardia que pedía Lenin. Son conocidas las críticas de Trotsky y de Rosa Luxemburgo a estos trágicos planteos de Lenin que llevarán vertiginosamente al culto a la personalidad, a Stalin. Trotsky dijo lo evidente: el aparato del Partido sustituye al Partido. Surge un Comité Central conducido por una burocracia altiva, soberbia y corrupta. Esta burocracia consagra a un dictador que sustituye la conducción del Comité Central por la propia. Y se acabó: lo que viene después de esto es la lamentable historia de la Revolución Rusa, Stalin. Rosa Luxemburgo hace un planteo entrañable, conmnovedor y posiblemente el más atinado: "Señores, el espontaneísmo de las masas no es irracionalismo. Es la acción directa de las masas. Si ustedes creen que esa acción está privada de conciencia revolucionaria es porque son unos miserables pequeñoburgueses, con pretensiones intelectuales y ambición de conductores. No les diré que el pueblo tiene razón porque de inmediato me acusarían de populista. Pero les diré, con toda la firmeza de la que sea capaz, *que la razón no es exterior al pueblo*". (El texto no es de Rosa L. Me tomé el atrevimiento de "hacerla hablar" pero juro que no la he traicionado.) En suma, la enorme soberbia de la vanguardia es que cree que posee algo que la clase obrera no, algo de lo que la clase obrera, completamente, carece: *el conocimiento científico de las leyes de la historia*. Esto es una enorme falacia. Una mentira interesada. Hoy, lo es más. Hoy, el marxismo no puede presentarse como *un conocimiento científico de las leyes de la historia*. Pero en la época del castrismo, del guevarismo y de los Montoneros, sí. Pero aun entonces era una falacia. La vanguardia posee una teoría exterior a las masas y esa teoría no puede ser aplicada del mismo modo en todas partes. Cada proceso revolucionario debe forjar sus propias armas teóricas. Y no será la vanguardia, que trabaja en exterioridad, la más autorizada para "crear" la teoría revolucionaria. Deberá hundir sus raíces en las bases si desea hacerlo. Y serán las bases las que elijan su conducción. Las masas no merecen que se les niegue la real posibilidad de un nivel de instrucción. (Esto le conviene a la vanguardia.) Y la vanguardia niega también la democraticidad de la organización de las bases y la legítima representatividad de los dirigentes. Esto, por ahora.

Pero el peronismo –a partir de su caída en 1955– no requirió vanguardia alguna. Todos se subordinaron a la conducción del líder del movimiento, Juan Perón. Perón tenía un esquema militar de conducción (que ya hemos estudiado) y consideraba que la cabeza del movimiento era el conductor y luego los conductores auxiliares. Sabía atemperar esta centralización diciendo que todo conducido ("hasta el último hombre que es conducido") tiene un papel en la conducción. Y que todos llevan en su mochila el bastón de Mariscal. Pero, sobre todo una vez instalado en Madrid, su ajedrez demuestra una precisión excelente. Para Perón se trata de mantener unido al Movimiento. De sumar a él a todos los que quieran sumarse. De tener un ala dialoguista. Un ala conciliadora en lo político. Un ala dura en lo sindical. Y un ala blanda. Y cuando aparezca la guerrilla ("los muchachos") les dará el nombre de "formaciones especiales", tolerará que se conduzcan por su cuenta, acaso porque no había otra posibilidad. El caso es que todos los caminos conducen a Puerta de Hierro y Perón pasa a ser el general de las cartas y de las cintas grabadas. Este sistema valida a todos. No hay grupo que no tenga una carta o una cinta grabada en la que Perón lo confirma como parte del Movimiento. "Si llego con los mejores, llego con muy pocos." Grande y verdadera frase de Perón. Pero se le podría haber dicho: "General, si llega con todos llega con el caos".

CONDUCCIÓN: ENTRE EL AFUERA Y EL ADENTRO

Perón, en Madrid, comienza a sufrir un equívoco feroz. Algo que no advierte. Desde afuera, en exterioridad, se puede manejar el Todo. Desde adentro, en interioridad y como parte de la misma historicidad que todos, no. Perón, en Madrid, vive en otra historicidad. Es lo que le decía Cooke: "Usted es el prisionero de Puerta de Hierro". Perón creía otra cosa: creía ser el gran ajedrecista de Puerta de Hierro. El conductor estratégico. El que dirige el montón. Y el que dirige el montón no puede formar parte de la batalla. Napoleón no formaba parte de la batalla. La conducía en lejanía para poder ver el *todo*. Si se hubiera metido en la batalla habría visto sólo el lugar en que estaba metido. Si yo me meto en la conducción táctica (reflexionaba Perón) voy a terminar dirigiendo a un conjunto, no al Todo. Cooke le pedía que se impregnara de los olores revolucionarios de América Latina. Pero Perón sabía que él, en Cuba, habría estado a la sombra de Castro. Se habría transformado en un castrista. En un marxista. Y en un completo inasimilable para los militares de Argentina y para los Estados Unidos. Sobre todo, creo, Perón rechaza la invitación de Cooke a La Habana por orgullo. Y no le faltaba razón: él mandaba sobre las masas de un enorme país como la Argentina. ¿Para que iba a ir a ponerse a la sombra del prestigio revolucionario de Castro? Además, un Perón en Cuba era un Perón marxista. Esto era *restar* del Movimiento a todos quienes no lo eran. No, Cooke. Me quedo en Madrid.

Madrid es la lejanía. Y la lejanía alimenta el mito. El mito crecía día a día y era la prohibición la que lo hacía crecer. Políticos y sindicalistas habían negociado ya un "peronismo sin Perón" (en el fondo, el propósito montonero era el mismo: al heredar a Perón, hacer un peronismo sin Perón, que sería revolucionario), pero las masas detestaban ese intento. Aparecían en seguida carteles que decían: "Nada sin Perón". El vandorismo fue el intento más poderoso dentro del campo sindical. Y el paladinismo (Jorge Daniel Paladino) lo buscó en el político. Paladino era el representante de Perón ante Lanusse, aunque pronto empezó a decirse que era el de Lanusse ante Perón. Esto le costó el puesto. Como ejemplo de la política sumatoria de Perón veamos una carta al Movimiento Sacerdotes del Tercer Mundo, Movimiento que acabaría sumándose a la Tendencia. Escribía Perón: "O la Iglesia vuelve a Cristo o estará en grave peligro en el futuro (...) De estos simples hechos fluye la admiración y el cariño que siento por los Sacerdotes del Tercer Mundo a los que deseo llegar con mi palabra de aliento y encomio porque ellos representan la Iglesia con que siempre he soñado" (Baschetti, 1955-1970, Volumen I, *Ibid.*, 613). Los religiosos se ponían muy contentos: compartían la lucha del pueblo. Una vez llevaron a varios en cana. Sueltos, uno de ellos nos dijo: "Cuando íbamos en los celulares cantábamos cánticos religiosos". Los muchachos de la JP les decían: "¿Y por qué no cantaron la marcha peronista?" Eran chicanas. Buscaban decir: "Cómo les cuesta ser peronistas a ustedes, ¿eh?" Reflexionemos algo más sobre la política sumatoria. Cierta vez –durante su primer regreso– le preguntan (era un reportaje televisivo) a Perón: "¿Qué opinión le merece John William Cooke?" Perón, muy seguro, responde: "Era un eminente argentino". Y luego, con esa sonrisita canchera, socarrona, esa sonrisa que decía "soy el más piola de todos" y más lo decía si, al decirlo, guiñaba un ojo, añade: "Cierto, algunos dicen que era demasiado izquierdista. Pero también había otros que eran demasiado derechistas, como (Jerónimo) Remorino". Esto lo basaba en frases que había dicho en 1951, en la Escuela Superior Peronista: "En cuanto a ideología, en el Movimiento Peronista tiene que haber de todo". Por decirlo claro: *Perón confiaba tanto en su poder de conductor de masas y de hombres que creía llevar hacia un mismo fin a la derecha y a la izquierda*. Todos se someterían a sus dictámenes porque ellos expresaban su conducción. *La palabra de Perón era el "plato" de Perón*. O se estaba con los pies *dentro* del plato o afuera. Si se estaba afuera no se era peronista. Este sistema de conducción le dio grandes réditos durante su primera experiencia de Gobierno. (*Nota:* Aquí no había tenido un grupo armado como Montoneros que le disputara la conducción. El mayor rival de Perón durante su primer gobierno, el cuadro político que más trabajo le dio conducir, si es que lo logró, fue Evita.) Pero ahora había alimentado demasiadas fuerzas antagónicas y todos sabían que estaba viejo y pronto moriría. No era el Perón de 1945-1955. Nadie se le atrevía entonces. Y eso que el gran ajedrecista formaba parte del juego. Hasta 1973, desde la distancia madrileña, ocurrió esto. Hasta que regrese nos sometemos. Cuando vuelva, *se verá.*

Entre tanto, en 1966 asume la presidencia del país el general Juan Carlos Onganía. Perón no derrama ni media lágrima por la caída de Illia. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Por un nuevo fracaso de la democracia argentina? ¿Illia era la democracia argentina? Para Perón era otro más que mantenía las prohibiciones vejatorias sobre su persona. Ahora venían los militares a mostrar la jeta directamente. Basta de farsas electorales. Basta de poner en el gobierno a partidos sin fuerza que eran presa fácil de los sindicatos, de Perón, de las huelgas, y de los milicos desconformes. Ahora, ellos, los mismísimos milicos daban la cara. Y tenían labio leporino.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

El Cordobazo, pueblada y organización